

Viterbo, Estevan Borgia, célebre por sus conocimientos, etc. Hemos pasado por alto los que viven todavía. Entre los estrangeros revistió de la púrpura Pio VI á Tomas de Boxadors, Español, general de los dominicos, á Francisco Antonio de Lorenzana, arzobispo de Toledo, prelado piadoso é ilustrado; á Carlos Jose de Martiniana, obispo de Vercelles; Victoria María Costa, arzobispo de Turin, el cual tuvo en el mes de setiembre de 1788 un sínodo, cuyos reglamentos han merecido encomios; á Juan Enrique de Frankemberg, arzobispo de Malinas, piadoso y lleno de celo con respecto á sus deberes; y á cuatro franceses, de la Rochefoucauld, de Rohan, de Lomenie y de Montmorency.

— El 1º de diciembre, apertura de un conclave en Venecia. En la situacion bajo la cual acabamos de dejar la Iglesia, es realmente una cosa muy asombrosa y rara, la reunion de un conclave. ¿Quien hubiese podido pensar que en medio de tantas borrascas y reyertas fuese posible proceder á la eleccion de un soberano Pontífice? Mas ya habia venido la Providencia en socorro de la Iglesia de la manera mas evidente. Por ella los mismos acontecimientos políticos acarrearón el triunfo de la religion, y las mismas revoluciones de los imperios trajeron el cumplimiento de sus designios. Grandes mudanzas habia visto la Italia operarse en poco tiempo en su seno; entregada enteramente al poder de los Franceses, vió de repente mudarse la

faz de los sucesos. Una liga formada por todas las grandes potencias del continente opuso un dique á los progresos de la ambicion del Directorio. El emperador de Alemania, ayudado por un ejército ruso, reconquistó el Milanés, el Estado de Venecia y toda la Italia superior. Desaparecieron los republicanos que se habian creado en dichas partes, y quedó destruida la universidad de Pavia, á la cual se acusaba ser un foco de nuevas opiniones en materias políticas y en asuntos religiosos. Otra vez se libertó Roma del yugo bajo el cual se hallaba sojuzgada, donde atacaron los Ingleses y Napolitanos á los Franceses, reduciéndolos á la precision de capitular. Pero á lo menos se respetó esta capitulacion; los Franceses se llevaron con ellos á los patriotas á su pais, y de esta suerte no se mancilló Roma con las sangrientas escenas de Nápoles y Capua, abriendo sus puertas á los aliados el 30 de setiembre. Por los mismos dias se apoderaron los Turcos de Ancona. Puede acaso negarse que la reunion de tantas potencias estaba segun las miras de la Providencia destinada á libertar la Iglesia y á facilitar la eleccion del soberano Pontífice. Ya en otro tiempo habia llamado á los bárbaros del Norte para convertirlos en castigo de Roma cuando pagana, y hoy dia reúne para libertar Roma hecha cristiana veinte pueblos que se asombran al verse obrar de consuno. En el momento mismo que el soberano Pontífice, sucesor de san Pedro, estaba sucumbiendo bajo el peso de sus achaques y des-

venturas, la Providencia hacia entrar en Italia á todos estos pueblos reunidos, é inspiraba á los príncipes pensamientos de moderacion y de equidad. El emperador de Alemania protegia esta eleccion, la cual, algunos meses antes, ya no hubiese sido posible realizar. Reuniéronse á sus órdenes los cardenales, á quienes tenian dispersos aquí y allá las borrascas precedentes, en Venecia, que se hallaba bajo el poder de aquel. Juzgóse que esta ciudad, por su distancia del teatro de la guerra, era la mas á propósito para la reunion del conclave que la misma Roma, la cual hacia poco que acababa de sacudir el yugo del estrangero. Acudieron de todas partes los cardenales, y aunque el sacro colegio se componia á la sazón de cuarenta y cinco cardenales, á causa de la edad, de los achaques y de la distancia en que se hallaban muchos, no se hallaron mas que treinta y cuatro en Venecia, á 1.º de diciembre, día en que se abrió el conclave en el monasterio de San Jorge el Mayor. Dos de estos cardenales eran de la creacion de Benedicto XIV, otros dos de la de Clemente XIV, y los demas de la de Pio VI. Eran los tres gefes de orden los cardenales Albani, Carafa y Doria. Algunos días antes de la apertura se habia celebrado en la Iglesia patriarcal de Venecia un servicio solemne en favor de Pio VI, y el prelado Brancadoro, arzobispo de Nisiba, pronunció una oracion fúnebre. Operábase entre tanto una nueva revolucion en Francia, que habia de tener grandísimas consecuencias: quedó el Direc-

torio derribado. Semejante magistratura se habia hecho tan tiránica y odiosa en el interior, como despreciable en el exterior. Hasta le faltaban ya los recursos de la Convencion, esto es, poder encubrir los crímenes por medio de brillantes victorias, é infundir respeto por medio de fáciles conquistas. Por un lado habian acrecentado en el interior innumerables descontentos la ley sobre los rehenes, el empréstito forzoso, las deportaciones y los rigores contra los ministros del altar; mientras que por otro la arrogancia del lenguaje diplomático, la invasion de la Suiza, el saqueo y las violencias ejercidas en este pais, las exacciones cometidas en Italia, habian sublevado á todos los estrangeros contra la revolucion. En este estado de cosas no pudo menos el Directorio que sucumbir. Un general, conocido ya por sus brillantes jornadas en Italia, y poco hacia escapado de Egipto, Bonaparte, supo dar á las circunstancias una direccion favorable á sus proyectos. Nombráronse á su dictamen tres cónsules, uno de los cuales, aunque el último, fué él mismo. Mas bien pronto tomó ascendiente sobre sus colegas, se deshizo de ellos, asociándose otros enteramente elegidos á su satisfaccion, y se apoderó él solo del timon del Estado. Ambicioso, pero inteligente, dió principio á su plan por medio de ciertas medidas que le grangearon grande prestigio. Anuló muchas leyes vejatorias del último gobierno, apaciguó el fuego de la guerra civil, que resonaba en la Vendea, y puso término á las depor-

taciones. No se prescribió para los eclesiásticos lo mismo que para los demas funcionarios mas que esta fórmula : *prometo fidelidad á la constitucion*; empeño que algunos creyeron poder contractar. Otros con todo aguardaron algo mas de estabilidad. Tantos juramentos, tantas medidas arbitrarias y persecuciones los habia hecho desconfiados, y temian que una condescendencia se convirtiese en titulo para hacerles otras demandas que acaso les repugnarian mas. Lo que es la nacion, muchos habian concebido una idea lisongera de las disposiciones y miras de Bonaparte, y no pocos hasta habian sospechado que ocultaba el proyecto de volver la Francia á sus antiguos señores; pensamiento que puede muy bien creerse no haber tenido jamas.

1800.

— El 14 de marzo, elígese Papa al cardenal Chiaramonte, el cual toma el nombre de Pio VII. Ya hemos visto que se habia abierto el conclave el 1º de diciembre antecedente hallándose en él treinta y cuatro cardenales. Poco tiempo despues llegó el cardenal de Hertzan, ministro del emperador. Habia, pues, treinta y cinco cardenales, cuatro de la orden de los obispos, veinticinco de la de los sacerdotes y seis de la de los diáconos. Muchos de entre estos merecieron sucesivamente la candidatura para la dignidad de Papa, y se dice

que los cardenales Albani y Archetti reunieron muchos votos. El cardenal Bellisoni, obispo de Cesena, estaba sostenido por una fraccion considerable del sacro colegio. El cardenal Martiniana, obispo de Vercelles, estuvo á pique de ser elegido, pues era muy virtuoso y apreciado. Mas al fin el mayor número de votos se decidió en favor del cardenal Chiaramonte, obispo de Imola, cuya eleccion se resolvió á 12 de marzo, defiriéndose empero á causa de la muerte del patriarca de Venecia, que sobrevino en el interin. Gregorio-Barnabe Chiaramonte, habia nacido en Cesena, á 14 de agosto de 1742, de una familia noble y aliada con la de Pio VI. Distinguióse su madre por su piedad, la cual tomó el hábito religioso despues de la muerte de su marido. Su hijo se consagró á la par á la profesion religiosa y entró en la orden de San Benito, en la cual desempeñó muchos cargos. Nombróle Pio VI, obispo de Tivoli, y á 14 de febrero de 1795 lo hizo cardenal trasfiriéndole al obispado de Imola. Preténdese igualmente que lo habia designado para su sucesor, algunos años antes de su muerte, en cierta ocasion donde creyó deber de tomar algunas medidas para la eleccion de un Papa, y regular la marcha que se debia seguir en tiempos tan difíciles. Tomó el nuevo pontífice el nombre de Pio VII, en memoria de su ilustre y desgraciado antecesor, de cuyas desdichas y piedad habia de ser tambien él un ejemplo. Coronóse en Venecia á 21 de marzo, en medio de las aclamaciones.